

ENEIDA: ROMA Y CARTAGO, ENTRE EL SER Y LA NADA

Marcela Nasta
UBA

En los primeros 83 versos de la *Eneida*, Cartago y Roma se presentan como dos proyectos fundacionales enfrentados; el conflicto entre ambos se plantea, en principio, como transposición, en el plano humano, de un conflicto irreconciliable entre la voluntad de Juno y el *Fatum*, respectivamente.

Sobre la base de esta constatación, se elabora aquí la hipótesis de que la desrealización textual del primer proyecto es condición de posibilidad de la realización textual del segundo. Sólo a partir del canto VI el proyecto romano se consolida como tal en el texto, alcanzando crecientes niveles de objetivación: la prolepsis de Anquises, la ciudad de Evandro, el escudo de Eneas. Correlativamente, el progresivo agotamiento del proyecto cartaginés como materia narrativa, manifiesta textualmente el fracaso del mismo, planteado siempre en términos transhistóricos. Este fracaso está garantizado en la trama del texto por la ambigüedad de la figura de Dido y la introducción de la guerra *intra muros* mediante las figuras representadas en el templo de Juno.

El dato fundamental para el análisis de la figura de Dido es su condición de mujer infecunda: *Infelix Dido longumque bibebat amorem* (I, 749), porque esta infecundidad es sinónimo de una feminidad que sólo puede realizarse parcialmente. De ahí que el personaje sea esencialmente ambiguo.

Como principio femenino, Dido es una amante apasionada en quien el reconocimiento del impulso amoroso -*Agnosco veteris vestigia flammae* (IV, 24)- desencadena un proceso que sólo hallará la muerte como solución frente al deseo erótico indómito y culpógeno, el abandono y la maternidad frustrada.¹ Pero si fracasa en el espacio privado, propio de la mujer, Dido triunfa en el público, dominio del hombre, en el cual ella adquiere rasgos masculinos. Es, ante todo, fundadora de una ciudad, condición tradicionalmente privativa del varón. En su relato de esa fundación (I, 343-368), Venus sintetiza: *dux femina facti* (364), sentencia en la cual la alusión a Dido en su condición femenina se halla fuertemente connotada por lo masculino a través de un vocabulario de resonancia militar; y de hecho, ella enfrenta sola las amenazas bélicas de los pueblos vecinos.² En tiempos de paz, no aparece llenando las funciones feme-

1- *Eneida*, IV, 327-330: *Saltem si qua mihi de te suscepta fuisset / ante fugam suboles, si quis mihi parvulus aula / luderet Aeneas, qui te tamen ore referret / non equidem omnino capta ac deserta viderer.*

2- *Eneida*, IV, 40-44: *Hinc Getulae urbes, genus insuperabile bello, / et Numidae infreni cingunt et inhospita Syrtis; / hic deserta regio late furentes / Barcae. Quid bella Tyro surgentiadicam / germanique minas?*

ninas en el espacio privado, sino las masculinas en el público, legislando y distribuyendo las tareas.³ Así Dido, la mujer infecunda, la que no puede fundar una estirpe, funda, en cambio, desde lo masculino, una ciudad, pero por esta misma situación, el acto fundacional se inscribe en el marco de una contradicción esencial.

La ciudad, por lo que la misma connota de interno, de interioridad resguardada, es un principio femenino, principio de conservación de la especie en tanto genera y preserva al hombre, por contraposición al afuera bélico, que lo destruye. Desde esta perspectiva, el destino de Dido se manifiesta como un epifenómeno del destino de Cartago: Dido, principio fundante, es infecunda, y esta infecundidad marca la ciudad desde su fundación misma. Cartago, privada *ab origine* del principio reproductivo, lleva en germen su propia destrucción. Dido muere sin descendencia, sin haberse proyectado en el tiempo a través del hijo; paralelamente, Cartago no tiene futuro.

La infecundidad de Dido tiene una segunda valencia. En la «ciudad», se distinguen dos componentes: el primero, la ciudad propiamente dicha, asociación político-religiosa de las familias, las curias y las tribus; el segundo, la *urbs*, santuario para el culto compartido por esa asociación, y que guarda el hogar común. En este hogar arde el fuego sagrado, símbolo vital de la ciudad y cuya extinción acarrea las mayores desgracias. La formación de una ciudad es un lento proceso de carácter político y sustrato religioso; la fundación de la *urbs*, en cambio, es un hecho singular y de carácter eminentemente sagrado. El fundador, en tanto realizador de ese hecho, tiene este mismo carácter; es considerado autor del culto y padre de la ciudad y, tras su muerte, antepasado comunitario. Así como en el ámbito familiar, el hijo hereda del padre la celebración del culto doméstico, así la descendencia del fundador es custodia de la ciudad y garantiza la continuidad del culto común.⁴

La descendencia del fundador se constituye así en garante de la pervivencia de la ciudad y la *urbs*, lo cual explica el ardid matrimonial de Juno en el canto IV. El matrimonio implica no solamente el aborto del proyecto fundacional romano, sino también una apuesta a la continuidad de Cartago, a través del hijo que Dido pudiera concebir de Eneas. Si (I, 19-20):

*Progeniem sed enim Troiano a sanguine duci
Audierat Tyrias olim quae verteret arces,*

Se trata, pues, de fundar, a partir de Dido, una progenie cartaginesa que perpetúe la ciudad y sea capaz de enfrentar a la progenie troyana, la cual, generada por Eneas a través de Ascanio, ya existe tranhistóricamente.

Sin embargo, la destrucción de Cartago es fatal, y la misma Dido es instrumento de este determinismo histórico, no sólo a causa de su infecundidad, sino también por la maldición que profiere antes de morir. Esta maldición abar-

3- *Eneida*, I, 505-508: *Tum foribus divae, media testudine templi, / saepta armis solioque alte subnixa resedit. / Iura dabat legesque viris, operumque laborem / partibus aequabat iustus aut sorte trahebat.*

4- Fustel de Coulanges, N.D. *La ciudad antigua*. Barcelona, 1983; 61 ss., y 170 ss.

ca los versos 613-629 ⁵, organizados en dos grupos de ocho versos cada uno, correspondientes a una maldición mítica (613-620) que se verifica en el texto mismo (excepto la muerte de Eneas), y a una maldición histórica (622-629), que se realiza en las guerras púnicas. El verso 621, *Haec precor, hanc vocem extremam cum sanguine fundo*, divide ambos grupos. *Haec* tiene valor recolectivo: condensa la maldición mítica, según se infiere a partir de *precor*, que remite a *nostras audite preces*, verso 612, *preces* que ocupan los ocho versos siguientes. *Hanc vocem extremam* anuncia la maldición histórica. *Fundo* se presta a una doble interpretación: como *fundere*, con *sangre exhalo esta sentencia postrera*, o como *fundare*, en cuyo caso con su sangre (con su muerte) Dido establece, funda, el enfrentamiento entre Roma y Cartago (622-629) y con ello, la destrucción de su propia ciudad. En el verso 625, *exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor*, la infecundidad de Dido se proyecta en el deseo de una fecundidad *post mortem* (*nostris ex ossibus*) tan perniciosa esta como aquella, ya que el anhelado vengador será derrotado en Zama y Cartago destruida en el 146 a.C.

Dido coloca la pira del suicidio *penetrati in sede* (IV, 504). El adjetivo *penetratis* no se refiere a lo meramente interior, sino a lo secreto, apartado, íntimo, esencial; de ahí que, y por extensión, el fuego *penetrati in sede* no destruirá sólo a Dido sino, simbólicamente, también a Cartago, como *urbs*, en lo que la comunidad tiene de esencial y propio, agrupada en torno a y gobernada por aquella. ⁶ Por esta razón, al morir la reina (IV, 668-671):

.....resonat magnis plangoribus aether,
non aliter quam si immissis ruat hostibus omnis
Karthago aut antiqua Tyros flammaeque furentes
culmina perque hominum volantur perque deorum.

Y Ana sintetiza (IV, 682-683):

Exstincti te meque, soror, populumque patresque
Sidonios urbemque tuam

Ese mismo adjetivo *penetratis* ocurre también asociado al fuego en el canto II, versos 293-297, que cierran el parlamento de la imagen de Héctor a Eneas:

Sacra suosque tibi commendat Troia penatis;
hos cape fatorum comites, his moenia quaere
magna, pererrato statuas quae denique ponto.
Sic ait et manibus vittas Vestamque potentem
aeternum adytis effert penetratilibus ignem.

Ha caído la urbe de Troya, pero no la ciudad; Eneas es depositario de la re-

5- Eneida, IV, 613-629: (et nostras audite preces. Si tangere portus) / infandum caput ac terris adhaere necesse est, / et sic fata Iovis poscunt, hic terminus haeret, / at bello audacis populi vexatus et armis, / finibus extorris, complexu avolsus Iuli / auxilium imploret videatque indigna suorum / funera; nec, cum se sub leges pacis iniquae / tradiderit regno aut optata luce fruatur, / sed cadat ante diem mediaeque inhumatus harena. / Haec precor, hanc vocem extremam cum sanguine fundo. / Tum vos, o Tyrii, stirpem et genus omne futurum / exercete odiis, cinerique haec mittite nostro / munera. Nullus amor populis nec foedera sunt. / Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor / qui face Dardanos ferroque sequere colonos, / nunc, olim, quocumque dabunt se tempore vires. / Litora litoribus contraria, fluctibus undas / imprecor, arma armis; pugnent ipsique nepotesque.

6- Florio, R. *Dido y Eneas, polos de la concepción hitórico-mítica de Virgilio*. Bahía Blanca, 1982; 33 ss.

ligión: conserva el culto divino, y encendido el fuego del hogar comunitario, para los cuales debe hallar un nuevo santuario.

En ambos pasajes, sobrevive la ciudad. La *urbs* cartaginesa se destruye simbólicamente a través del suicidio de Dido por el fuego introducido *penetrati in sede*; la ciudad sobrevive sólo para sucumbir siglos después al poder de Roma. La *urbs* troyana también cae, pero la ciudad sobrevive en y por el fuego extraído *ex penetrabilibus adytis* como símbolo indestructible y fundamento religioso de la *urbs*, cuya fundación este mismo fuego reclama y garantiza.

El suicidio de Dido por el fuego también se proyecta extratextualmente. Para los contemporáneos de Virgilio, esta muerte evocaría seguramente otra, el suicidio por el fuego de la mujer de Aníbal en el 146 a.C.⁷, que marca y concentra simbólicamente la destrucción de la ciudad.

La segunda garantía de la des-realización textual de Cartago son las imágenes de la guerra de Troya representadas en el templo de Juno (I, 450-493). Desde lo narrativo, puede suponerse como fundamento de esta representación no sólo una preocupación de Dido por embellecer la ciudad y prestigiarla mediante el recuerdo épico, sino una identificación de Cartago con Troya, dada la hospitalidad y la protección que la reina brinda a los extranjeros. En este caso, las imágenes del templo constituyen una prolepsis de la caída de Cartago, por asimilación al destino troyano. Desde lo transhistórico, dicha representación introduce prolepticamente, en la figura de los troyanos, al enemigo y vencedor dentro de la ciudad, de manera que la presencia misma de Eneas en Cartago es el correlato del caballo de madera en Troya la noche fatal, y los troyanos todos, los mismos romanos que sitiarán Cartago hasta su destrucción. Desde esta perspectiva, cobra relevancia el hecho de que sea la de Eneas la espada con la cual Dido se quita la vida. Así, cualquiera sea la interpretación adoptada, la significación última de estas imágenes es, desde este análisis, la misma: el elemento externo, bélico, introducido en la ciudad, es portador y garante de la destrucción de la misma.

Dido resulta así víctima de un determinismo trágico, al dar asilo a los troyanos y pretender, con el auxilio de Juno, compartir un reino y fundar una estirpe justamente con quien está llamado a ser el pater del pueblo enemigo.

La prolepsis de Anquises, la ciudad de Evandro y el escudo de Eneas son las marcas fundamentales de la realización textual del proyecto romano y de sus niveles de objetivación.

A lo largo de los tres primeros cantos, dicho proyecto ha ido esbozándose fragmentariamente en las profecías de Júpiter (I, 257-296), Héctor (II, 293-297), Creusa (II, 780-784), el oráculo de Apolo (III, 94-98), los penates (III, 154-171), la arpía Celeno (III, 250-257) y Heleno (III, 374-462); en el canto IV concentrado exclusivamente en el presente narrativo de Cartago, y en el V, nexo entre ese canto y el siguiente, desaparece casi por completo de la trama narrativa.

Frente a esos discursos, diversos por su extensión, grado de ambigüedad, y cantidad de información que suministran, pero todos ellos de muy relativo po-

7- Letoublon, F. *Fonder une cité*. Grenoble, 1987; 984.

der transformador de la conducta de Eneas, la prolepsis de Anquises (VI, 752-886) surge como la primera de las marcas antes mencionadas, no sólo por la transformación ontológica que desencadena en el héroe, sino porque constituye la más extensa, abarcativa y detallada historia de Roma que presenta la Eneida. Esta historia se plasma discursivamente como una explicación del padre al hijo acerca de las figuras que desfilan ante sus ojos.⁸

La ciudad de Evandro (VIII, 314-361) constituye la segunda marca. El rey árcaico hace visitar a Eneas el ámbito de la futura Roma, el cual, bajo el nombre de Palantea, ya atesora los ritos y sitios más arcaicos de la ciudad.⁹

Por último, el escudo de Eneas (VIII, 626-728), tercera marca, contiene, en su círculo simbólico, una imagen sintetizada de los antecedentes legendarios de Roma y de los acontecimientos históricos por venir.

Los versos que cierran a la vez el canto y la descripción del escudo (VIII, 729-731):

*Talia per clipeum Volcani dona parentis,
miratur rerumque ignarus imagine gaudet,
attolens umero famamque et fata nepotum.*

remiten a los versos 503-504 del canto I: Dido avanza, deslumbrante, hacia el templo en cuya contemplación aún está absorto Eneas:

*Talis erat Dido, talem se laeta ferebat
per medios instans operi regnoque futuris.*

En ambas secuencias se trata de representaciones figurativas (la primera y la última del poema), cuyas respectivas descripciones concluyen en una perspectiva abierta al futuro. La diferencia entre ambas se establece no sólo por su contenido, sino por el grado de realización que dicha perspectiva logra en cada caso. La actualización transhistórica de las imágenes del templo de Juno implica, como quedó dicho, la destrucción de Cartago y por ende, la clausura de aquella perspectiva; contrariamente, la misma se realiza en grado absoluto en la actualización transhistórica de los contenidos figurativos del escudo. Así, a través del paralelismo textual, Dido y Eneas confluyen en una misma situación que funciona como disparador de dos destinos, individuales y comunitarios, antagonicos.

Los tres pasajes señalados no sólo constituyen, desde lo discursivo, lo geográfico-urbanístico y lo figurativo, los hitos de la realización textual del proyecto romano, sino también sus niveles crecientes de objetivación. En la prolepsis de Anquises, producida y recibida en el mundo subterráneo, fuertemente connotado por lo religioso, ese proyecto se articula mediante las referencias

8- Eneida, VI, 752-755: *Dixerat Anchises natumque unaque Sibyllam / conventus trahit in medios turbamque sonantem, / et tumultum capit unde omnis longo ordine posset / adversos legere et venientum dicere voltus.*

9- Eneida, VIII, 97-100: *Sol medium caeli conscenderat igneus orbem, / cum muros arcemque procul ac rara domorum / tecta vident, quae nunc Romana potentia caelo / aequavit, tum res inopes Evandrus habebat.*

históricas a una serie de figuras intangibles para el héroe. Palanfea, en cambio, representa el futuro tangible, aunque desprovisto de sacralidad. En el escudo convergen ambos planos: el de lo tangible, en la dimensión objetual del escudo y de las figuras en él representadas; el de lo religioso, en el valor sagrado de este objeto forjado por Vulcano y entregado a Eneas por su madre Venus como símbolo de la voluntad divina. Así, el escudo se revela como la más poderosa objetivación del proyecto romano aunando lo humano y lo divino, colocado al alcance del héroe y dotado, al mismo tiempo, de contenido religioso.

A la vez, los versos finales del canto VIII remiten a los versos 707-708 y 721-723 del canto II:

*Ergo age, care pater, cervici imponere nostrae;
ipse subibo umeris nec me labor iste gravabit;*

.....
*Hace fatus latos umeros subiectaque colla
veste super fulvique istenor pelle leonis
succedo oneri*

Eneas carga sobre sus hombros a Anquises, lo cual constituye la imagen de la *pietas* por excelencia, el comportamiento ejemplar del hijo hacia el padre. Así, Eneas carga con el pasado, por cuanto la *pietas* es tenida por los sectores conservadores romanos como la más alta de las virtudes. Anquises muere en el canto III; Eneas desciende al mundo subterráneo y accede a la revelación; finalmente llega al Lacio prometido por el Destino. Ya no tiene por qué cargar con el pasado; ahora, en cambio, debe sostener el infinito peso simbólico del escudo. Y lo hace, aun *rerum ignarus*, esto es, reconociendo y asumiendo plenamente su condición de héroe fundante.

Así, la transformación ontológica de Eneas desencadenada en el canto VI por la experiencia subterránea, culmina en los últimos versos del canto VIII, los cuales a su vez cierran el círculo del destino del héroe, remitiendo, por contraposición, al canto II. La aceptación incondicional de su destino por parte del héroe converge con el mayor grado de objetivación del proyecto fundacional romano, de manera tal que la historia heroica de Eneas se manifiesta como epifenómeno de la historia de Roma.

A partir del canto VI, el proyecto romano se adueña rápidamente de la segunda parte del poema. Sin embargo, esta apropiación textual por parte de dicho proyecto, únicamente es factible a partir de la completa des-realización del proyecto antagónico, ya que uno y otro son excluyentes en la trama narrativa. Cartago y Roma sólo pueden yuxtaponerse en un contexto donde ni la una ni la otra existan realmente: en el mundo de la no existencia, de lo que ya fue, o será, pero no es. Así, en el canto VI, a través de su epifenómeno, Cartago termina ese recorrido que, mediante los agentes des-realizadores antes señalados, la ha dirigido desde el ser a la nada. Dido ha pasado de la vida a la muerte, y Cartago, de su omnipresencia textual en la primera parte del poema, a su des-realización, en la segunda. La exclamación de Anquises: *Quam metui ne quid Libyae tibi regna nocerent!* (VI, 694) constituye la última referencia al proyec-

to cartaginés, el último estadio de su *des-realización*. De ahí en más, la nada; el silencio textual sepulta el proyecto. La mención de Cartago en la profecía jupiterina del canto XII (11-14) no hace sino proyectar al plano histórico de las guerras púnicas la destrucción que ya se ha operado a nivel textual.

Inversamente, en este mismo canto, el proyecto fundacional romano inicia el recorrido que, en sucesivos grados de realización textual, se dirige desde la nada al ser, que se logra en progresivos niveles de objetivación. Eneas, epifenómeno del proyecto, comienza aquí su proceso de transformación ontológica, hasta alcanzar la plena conciencia de su condición fundante.

El encuentro final de Dido y Eneas en el canto VI y su inmediata separación en direcciones opuestas representa, a través de los respectivos epifenómenos, la convergencia de Cartago y Roma en el contexto de las guerras púnicas, para destrucción de la una y pervivencia de la otra.

De esta manera, entre ambos proyectos se establece textualmente una relación dialéctica planteada en términos de negación y afirmación ontológica. Intratextualmente, la síntesis que los contiene a ambos es la rueda del *Fatum*, el movimiento circular de los husos de las Parcas, donde todo fin conlleva un nuevo principio. Extratextualmente, esa síntesis es una versión teleológica de la historia de Roma, que presenta a Augusto como su necesaria y dichosa culminación, y en aras de la cual los determinantes políticos, sociales y económicos de los acontecimientos históricos desaparecen bajo el peso de la leyenda.

Bibliografía temática

- Bloch, R. *The origins of Rome*. London, 1963.
- Florio, R. *Dido y Eneas, polos de la concepción histórico-mítica de Virgilio*. Bahía Blanca, 1982.
- Fustel de Coulanges, N.D. *La ciudad antigua*. Barcelona, 1983.
- Hammond, M. *The city in the ancient world* Cambridge, 1972.
- Hubaux, J. *Les grands mythes de Rome*. Paris, 1945.
- Kennedy, D. *Augustan and anti-augustan: reflexions on the terms of reference*. En: Powell, A. (ed). *Roman poetry and propaganda in the age of Augustus*. London, 1992; 26-58.
- Letoublon, F. *Fonder une cité*. Grenoble, 1987; 191-357.
- Piganiol, A. *Historia de Roma*. Buenos Aires, 1981.
- Warmington, B. *Carthage*. London, 1960.